

FERNANDO PESSOA

*Traducción y nota introductoria de*  
CARLOS MONTEMAYOR

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL  
DIRECCIÓN DE LITERATURA

México, 2007

## NOTA INTRODUCTORIA

En Lisboa, el 13 de junio de 1888, bajo el sopor de las tres de la tarde nació Fernando Antonio Nogueira Pessoa. Huérfano de padre a los cuatro años, vivió desde 1896 con su madre y con su padrastro en Durban, África del Sur. Cuando niño estudió en las escuelas inglesas africanas, por lo que pudo escribir con fluidez prosa y poesía en lengua inglesa el resto de su vida. Regresó a Lisboa en agosto de 1905 para inscribirse en el Curso Superior de Letras, que abandonó dos años más tarde. En 1908, después de un primer intento por establecer una editorial, trabajó como periodista y, en 1911, como traductor de poesía para las ediciones de Killog de obras de literatura universal. A partir del siguiente año, y hasta su muerte, publicó en periódicos portugueses y extranjeros, y en revistas como *A Águia*, *Renascença*, *Orfeu*, *Contemporânea*, *Athena* y *Presença* los artículos, ensayos y poemas que integran su vasta obra literaria y que, junto con la de Sá-Carneiro, es la piedra miliar del "Modernismo" portugués. Pero otros poetas, a través del cuerpo de Pessoa, cantaron el mundo, tan multiformes y simultáneos como las vidas que contiene el mundo mismo: Ricardo Reis, Alberto Caeiro y Álvaro de Campos, principalmente, llamados sus *heterónimos*. Los percibió Pessoa con la claridad de las pesadillas, la amistad, la discusión súbita, la tristeza o la euforia, y no tan sólo como nombres o pseudónimos. No fueron diferentes estilos, sino el pulso distinto de su puño cuando escribía alguno de ellos, y un ser, una sintaxis corporal y ansiosa distintos. Además de nombre, tuvieron ascendencia racial; día, hora y lugar para nacer; profesión y miserias.

Uno de ellos, Álvaro de Campos, fue el autor que Pessoa atribuyó a la *Oda Marítima*. Al nacimiento de Álvaro de Campos atribuyó, igualmente, el 15 de octubre de 1890, la una y media de la tarde y Tavira; a su semblante, atribuyó el del judío portugués; a su escuela y a su profesión, Glasgow y la ingeniería naval; a sus más hondas pasiones, las máquinas, la poesía de Whitman y la lengua inglesa; a otro heterónimo, Alberto Caeiro, ser su maestro. Escribió la *Oda Marítima* durante los meses finales de 1914 y los primeros de 1915. Junto con *Tabacaria* y *Saudação a Walth Whitman*, constituye la gran cima de Álvaro de Campos. Un exaltado panteísmo whitmaniano y una desbordante oleada de vida sobre la presencia solitaria del poeta, provocan a cada paso, a cada verso, la contemplación del activísimo mundo del mar y de las naves; se enfrentan, saltando como agua contra rocas, o como hiende las olas el tajamar de proa, los recuerdos del que contempla y los recuerdos marinos del mundo contemplado; la presencia del mar y la expansiva historia de las naves ante el cuerpo solitario del poeta en el muelle. Basta mirar, para que la conciencia se frote contra el mundo y, destrozada, inclemente, salte la espuma, la llamarada, el salto múltiple y salado de la vida. Su cuerpo dejó de vivir en un hospital de Lisboa con una cincuentena de años y una cirrosis hepática, el 30 de noviembre de 1935. Entre las fechas del nacimiento y la muerte, además del tiempo y del licor, combatieron en él cuatro grandes poetas, dos escritores menores, algunos escribanos que no sobrevivieron a aquéllos y una soledad intransigente, que vedan la posibilidad de un claro deslinde entre la biografía y la bibliografía. Fernando Pessoa, en cuanto el nombre de una obra poética, es una gama de

corrientes poéticas; en cuanto poeta, es el abanico abierto de hombres contradictorios y distantes en que cada vida nuestra se sacrifica y se resiste a permanecer fiel, sórdidamente apegada aun solo destino, a una sola *Persona*.

CARLOS MONTEMAYOR

SOLO, EN EL MUELLE desierto, en esta mañana de  
verano,  
miro hacia la entrada del puerto, miro hacia lo  
Indefinido,  
miro y me alegra ver,  
negro y claro, pequeño, un paquebote entrando.  
Viene lejos, nítido, clásico a su manera.  
Distante, en el aire lo sigue la vana orla de su humo.  
Viene entrando y la mañana entra con él  
y en el río,  
aquí, allá, despierta la vida marítima,  
se izan velas, avanzan remolcadores,  
surgen barcos pequeños detrás de las naves que  
están en el puerto.  
Hay una tenue brisa.  
Y mi alma se une con lo que apenas distingo,  
con el paquebote que entra,  
porque él está con la distancia, con la mañana,  
con el sentido marítimo de esta hora,  
con la dolorosa dulzura que me sube como náusea,  
como un principio de furia en el espíritu.  
Miro a lo lejos el paquebote,  
independiente del alma,  
y dentro de mí un volante comienza a girar,  
lentamente.

Los paquebotes que entran de mañana  
en el puerto traen ante mis ojos  
el misterio alegre y triste de quien llega y parte.  
Traen una memoria de muelles y momentos  
distantes,  
puentes que conducen hacia otra humanidad.  
Todo el atracar, todo el desprendimiento de la nave  
es —lo siento en mí como sangre—  
inconscientemente simbólico,

terrible amenaza de revelaciones metafísicas  
que perturban en mí al que yo fui.

Ah, todo el muelle es una soledad de piedra.  
Y cuando la nave se aleja  
y de pronto reparo en que se abrió un espacio  
entre el muelle y la nave,  
no sé por qué sufro una súbita angustia,  
una niebla de tristes sentimientos  
que brilla en el suelo de mis penas de hierba  
como la primer ventana donde el alba golpea,  
y que me envuelve como si recordara a una persona  
que misteriosamente fuese mía.

Ah, ¿quién sabe, quién sabe  
si antes de mí, en otro tiempo,  
no partí de muelle?  
¿Si no dejé otra clase de puerto  
en una nave hacia el sol oblicuo del amanecer?  
¿Quién sabe si no dejé,  
anterior al tiempo del mundo exterior  
que veo raerse en mí,  
un gran muelle con poca gente  
de una gran ciudad despierta a medias,  
enorme ciudad comercial, crecida y apopléjica  
aunque eso quede fuera del Espacio y el Tiempo?

Sí, un muelle de algún modo material,  
visible como muelle, veraz, realmente muelle,  
el Muelle Absoluto por cuyo modelo  
inconscientemente imitado,  
insensiblemente evocado,  
construimos nuestros muelles en nuestros puertos,

nuestros muelles de piedra actual sobre  
agua verdadera,  
que después de contruidos se revelan  
Cosas Reales, Hechos de Espíritu, Entidades  
en Piedras que son Almas,  
en la fugacidad de nuestros sentimientos  
de hierba o raíz,  
cuando del muro exterior parece abrirse una puerta  
y sin que nada se altere  
todo se manifiesta diverso.

Ah, Gran Muelle donde partimos en  
Naciones-Navíos.  
Gran Muelle Anterior, eterno y divino.  
¿De qué puerto? ¡En qué mar?  
Oh, ¿por qué pienso esto?  
Gran Muelle, igual a todos los muelles, pero Único.  
Lleno también de murmurantes silencios  
en las albas,  
desabotonando con las mañanas un ruido  
de guindastes  
y comboyes que arriban con mercaderías,  
bajo la nube negra que surge, ocasional y leve,  
del fondo de las chimeneas de las fábricas cercanas  
y sombrea el llano de carbones pequeños  
que brillan  
como si fuese la sombra de una nube que pasa  
sobre agua sombría.

En los momentos de silencios y angustia,  
¡qué esencia de misterio y de sentido  
de un éxtasis divino y revelador  
no es puente entre cualquier muelle y el Muelle!

Muelle que en las aguas inmóviles se refleja oscuro,  
y el bullicio a bordo de las naves.  
Oh alma errante e inestable de la gente  
    que se embarca,  
gente simbólica que pasa y en quien nada perdura,  
y que al volver la nave al puerto  
ha cesado de ser la misma.  
Oh ebriedad de lo diverso, idas, fugas continuas,  
alma eterna de los navegantes y las navegaciones,  
quilla reflejada lentamente en las aguas  
cuando la nave sale del puerto.  
Fluctuar como el alma de la vida; como la voz,  
    partir,  
trémulo vivir el instante sobre las aguas eternas.  
Despertar a días más reales que los días de Europa,  
ver puertos misteriosos en la soledad del mar,  
doblar cabos apartados hacia súbitos vastos paisajes  
por innumerables costas atónitas...

Ah las playas distantes, los muelles vistos a lo lejos.  
Las playas cercanas, los muelles vistos de cerca.  
El misterio de cada ida y cada arribo,  
a cada hora marítima  
la dolorosa inestabilidad e incomprensión  
de este universo imposible, sentido en nuestra piel.  
La solución absurda que nuestras almas esparcen  
sobre extensiones de mares diferentes  
    e islas lejanas,  
sobre las distantes islas de las costas ya pasadas,  
sobre el crecimiento nítido de los puertos  
    con sus casas y gentes  
hacia el barco que se aproxima.

Ah las frescas mañanas del arribo  
y la palidez de las mañanas en que se parte,

cuando nuestras entrañas se contraen  
y una vaga sensación semejante al miedo  
—el miedo ancestral de separarse y partir,  
el misterioso y ancestral recelo al arribo y lo nuevo—  
nos recorre la piel y nos tortura  
y todo nuestro cuerpo angustiado siente,  
como si fuese alma,  
un inexplicable deseo por sentir de otra manera:  
una nostalgia de algo,  
una zozobra del cariño ¿a qué vaga patria?  
¿A qué costa? ¿A qué nave? ¿A qué muelle?  
Nos duele su pensamiento  
y queda por dentro un gran vacío,  
una hueca saciedad de minutos marítimos  
y una vaga ansiedad que sería tedio o dolor  
si supiese cómo serlo...

A pesar del verano la mañana está fresca.  
Una tenue torpeza de noche perdura  
    en el aire sacudido.  
Ligeramente se apresura el volante dentro de mí.  
Y el paquebote viene entrando ... porque así  
    tiene que ser,  
no porque lo vea avanzar en su distancia excesiva.

En mi imaginación está cerca y visible,  
en toda su extensión las líneas de sus vigías,  
y todo tiembla en mí, la carne y la piel,  
por esa criatura que no llega en nave alguna  
y que yo vine a esperar al muelle por un  
    inexplicable mandamiento.

Las naves que entran y salen de los puertos,  
las que pasan a lo lejos

(me imagino viéndolas desde una playa desierta),  
todas estas naves casi abstractas al partir,  
todas me conmueven como si fueran otra cosa,  
no sólo naves que parten y regresan.

Y vistas de cerca, aunque no se embarque uno  
en ellas,  
vistas desde abajo, en los botes, murallas elevadas,  
y por dentro, a través de las cámaras, de las salas,  
de las despensas,  
mirando de cerca los mástiles afilándose  
hacia lo alto,  
rozando las cuerdas, descendiendo corredores  
incómodos,  
oliendo la untada mezcla metálica y marina de  
todo aquello  
—vistas de cerca son ellas y son otra cosa,  
producen en la misma nostalgia y la misma  
ansiedad otras distintas.

Toda la vida marítima, todo en la vida marítima,  
toda esa preciosa seducción se insinúa  
en mi sangre  
y sueño indefinidamente los viajes.  
Ah, las líneas de las costas distantes, oprimidas por  
el horizonte,  
los cabos, las islas y las playas arenosas.  
Soledades marinas, como los momentos  
del Pacífico  
en que una sugestión nacida en la escuela  
uno siente en los nervios el peso de que sea  
el mayor de los océanos,  
y el mundo y el sabor de las cosas se tornan  
un desierto dentro de nosotros.

La extensión más humana, más furiosa,  
del Atlántico.  
El Índico, el más misterioso de los océanos.  
El Mediterráneo, dulce sin misterio alguno,  
clásico, un mar que se golpea  
encontrando explanadas de jardines cercanos  
mirados por estatuas blancas.  
Todos los mares, todos los estrechos,  
las bahías, los golfos,  
quisiera apretarlos a mi pecho, oh sentirlos y morir.

Y ustedes, oh cosas navales, mis viejos juguetes  
de sueño,  
fuera de mí componen mi vida interior;  
quillas, mástiles y velas, guindolas y cordajes,  
chimeneas de vapor, gavias, hélices, flámulas,  
calderas, colectores, válvulas, galdropes y escotillas,  
caen dentro de mí como se precipita en el suelo  
el contenido confuso de una gaveta abierta.  
Sean el tesoro de mi avaricia febril,  
sean los frutos del árbol de mi imaginación,  
tema de mis cantos, sangre en las venas  
de mi inteligencia,  
sean el lazo que me una al exterior por la belleza,  
provéanme de imágenes, literatura, metáforas,  
porque en serio, en verdad, real, literalmente,  
mis sensaciones son una nave que rompe el aire  
con la quilla,  
mi imaginación un ancla sumergida a medias,  
mi ansiedad un remo quebrado  
y la tesitura de mis nervios una red secándose  
en la playa.

Suena por casualidad en el río un silbato, sólo uno.

Se estremece ya todo el campo de mi psiquismo.  
Se apresura cada vez más el volante dentro de mí.

Ah, los paquebotes, los viajeros, el se-ignora-  
el-paradero  
de Fulano de Tal, marino, conocido nuestro.  
Ah, la gloria de saber que un hombre que  
andaba con nosotros  
murió ahogado junto a una isla del Pacífico.

Nosotros que íbamos con él hablaremos de eso  
con un orgullo legítimo, con una inexpresable  
confianza  
de que tenga un sentido más bello y más vasto  
que el de apenas perder el barco donde iba  
y haber quedado en el fondo con los pulmones  
reventados...

Ah, los paquebotes, los cargueros, los barcos  
de vela.  
Van escaseando en los mares —ay de mí—  
los veleros.  
Y yo que amo la civilización moderna, que  
con el alma beso las máquinas;  
yo, el ingeniero, el civilizado, el educado  
en el extranjero,  
quisiera ver sólo veleros y barcos de madera,  
saber de la vida marítima sólo la antigua vida  
de los mares.

Porque los antiguos mares son la Distancia Total,  
la Lejanía Pura, libre del peso actual...  
Ah, todo me recuerda esa vida mejor,  
esos mares más extensos porque  
se navegaban despacio,  
misteriosos porque se sabía menos de ellos.

Todo vapor lejano es de cerca un velero.  
Toda nave distante ahora, vista de cerca es otra  
    en el pasado.  
Todos los invisibles marineros a bordo  
    de las naves en el horizonte  
son los marineros visibles del tiempo  
    de las viejas naves,  
esa época lenta, el velero de peligrosas travesías,  
el tiempo de madera y lona  
    y de viajes que duraban meses.

Me invade poco a poco el delirio  
    de las cosas marítimas,  
me penetran físicamente el muelle y su atmósfera,  
el murmullo del Tajo corre por encima  
    de mis sentidos,  
y comienzo a soñar, y me envuelvo con el sueño  
    de las aguas,  
comienzo a pegar bien el cordaje de transmisión  
    en mi alma  
y la premura del volante me seduce nítidamente.  
Gritan por mí las aguas,  
gritan por mí los mares,  
gritan por mí las lejanías, levantando al gritar  
    una voz corpórea  
todas las épocas marítimas vividas en el pasado.

Tú, marinero inglés, Jim Barns, amigo mío, fuiste tú  
el que me enseñó ese grito antiquísimo, inglés,  
que tan mortalmente resume  
en las almas complejas como la mía  
el llamado confuso de las aguas,  
la voz inédita e implícita de todas las cosas del mar,  
de los naufragios, de los viajes lejanos  
    y travesías peligrosas.



Ah, sea como sea, vaya a donde vaya, partir.  
Irme fuera, por las olas, por el peligro, por el mar.  
Ir Lejos, hacia Fuera, a la Distancia Abstracta,  
indefinidamente, por las noches hondas y misteriosas,  
y como la polvareda llevado por los vientos,  
entregado a los vendavales.

Ir, ir, ir, ir de una vez.  
El deseo de tener alas enfurece mi sangre.  
Todo mi cuerpo se arroja ante mí.  
Fuera de mi imaginación me precipito en torrentes.  
Clamo, me abalanzo, me atropello...  
Mis ansias estallan en espuma  
y mi carne son olas que se golpean contra las rocas.  
Pensando en esto, oh ira, pensando en esto, oh furia,  
pensando en las estrechez de mi vida llena  
de ansiedad,  
súbita, trémula, exorbitadamente,  
con una oscilación vasta, viciosa, violenta,  
del volante vivo de mi imaginación,  
se desata en mí, agobiante, vertiginosa, silbante,  
la brama sombría y sádica del estruendo  
de la vida marítima.

Eh, marineros, grumetes, eh, tripulantes, pilotos.  
Navegantes, marinos, hombres de mar, aventureros.  
Eh, capitanes. Hombres que duermen  
en rudas tarimas.  
Hombres que duermen en los mástiles,  
avistando el peligro.  
Hombres que tienen la muerte por almohada.  
Hombres que poseen una toldilla, que miran  
desde la borda  
la inmensa inmensidad del mar.  
Eh, manipuladores de los guindastes de carga.

Eh, amainadores de velas, fogoneros, servidumbre,  
eh, los que enrollan cabos en el combés,  
los que llevan la carga a las bodegas  
y limpian el metal de las escotillas.  
Hombres del timón y de las máquinas y  
de los mástiles.

Eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh  
Gente de playeras y bonete,  
con anclas y banderas cruzadas tatuadas  
en el pecho.

Gente de amurada, fumadores de pipa,  
oscuros de tanto sol, curtidos por tanta lluvia,  
limpios de los ojos, por tanta inmensidad ante ellos,  
audaces por tantos vientos que sus rostros  
batieron con valor.

Eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh  
Hombres que vieron Patagonia  
y pasaron por Australia,  
que colmaron su mirada de costas que nunca veré  
y pisaron tierra en tierras donde jamás descenderé.  
Que compraron toscos artículos en colonias,  
adentrándose en tierras inhóspitas,  
y haciéndolo todo si nada hicieran,  
como si eso fuese natural,  
como si la vida fuese así  
y ni siquiera cumpliendo un destino.  
Eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh  
Hombres del mar actual y del pasado.  
Encargados de abordó, esclavos de galeones.  
Combatientes de Lepanto.

Piratas del tiempo de Roma. Navegantes de Grecia.  
Fenicios. Cartagineses. Portugueses salidos de Sagrés

a la aventura indefinida, hacia el Mar Total,  
a realizar lo imposible.  
Hombres que asentaron patrones y dieron  
nombres a cabos,  
que por primera vez traficaron con esclavos  
y negros de nuevas tierras  
y dieron el primer espasmo europeo a las negras  
atónitas.  
Que trajeron oro, hongos, abalorios,  
maderas olorosas,  
de costas de lujuriosa explosión vegetal.  
Hombres que saquearon tranquilos  
pueblos africanos,  
que hicieron huir a esas razas con el ruido  
de cañones  
y se entregaron a la matanza, al robo y a torturar  
y ganaron los trofeos de novedad  
arremetiendo con la cabeza ante el misterio de  
nuevos mares.  
Eh-eh-eh-eh-eh  
A todos ustedes en uno solo,  
a todos ustedes en todos ustedes como uno,  
a todos ustedes mezclados, cruzados,  
a todos sanguinarios, violentos, odiados,  
temidos, ensangrentados,  
yo los saludo, yo los saludo, yo los saludo.  
Eh- eh-eh-eh-eh Eeh-eh-eh-eh  
Eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh  
Eh laho-laho laHO-lahá-á-á-á-á

Quiero ir con ustedes, quiero ir  
al mismo tiempo con todos ustedes  
a todo lugar donde vayan.  
Quiero tener sus peligros frente a frente,

sentir en mi cara los vientos que deshicieron  
    las tuyas,  
escupir de mis labios la sal de los mares que  
    los tuyos besaron,  
tender los brazos para ayudarlos, compartir  
    sus tormentas,  
llegar por fin como ustedes a puertos extraordinarios.

Huir juntos de la civilización,  
perder con ustedes toda idea moral,  
sentir que se transforma lejos mi humanidad.  
Juntos beber en mares del sur  
nuevos tumultos del alma, nuevos salvajismos,  
nuevos fuegos primitivos de mi volcánico espíritu.  
Ir con ustedes, arrojar de mí  
—ah, poeta de dentro hacia afuera—  
mi traje de civilizado, mis blandas acciones,  
mi miedo innato de encadenado,  
mi pacífica vida,  
mi sentada, estática, reglamentada  
    e inspeccionada vida.

En el mar, en el mar, en el mar, en el mar.  
Eh, dejar la vida en el mar, al viento, a las olas.  
Salar con la espuma arremetida por los vientos  
mi paladar de grandes viajes.  
Fustigar con agua conmovida la carne  
    de mi aventura,  
y que fríos oceánicos recorran los huesos  
    de mi existencia.  
Flagear, acuchillar, oprimir con vientos,  
    con espuma, con soles,  
mi ser ciclónico y atlántico,  
mis nervios tendidos como jarcias,

lira en las manos de los vientos.  
Sí, sí, sí... Crucifiquenme en las navegaciones  
y mi espalda gozará su cruz.  
Átenme a los viajes como a maderos  
y la sensación de esa tortura recorrerá  
    mis vértebras  
en un incansable espasmo pasivo.  
Háganme lo que sea, pero que esté en los mares,  
sobre el combés, al son de las olas,  
hieran, maten, acuchillen.  
Lo que quiero es llevar a la muerte  
un alma que se transborde en el mar,  
que embriagada se derrumbe de cosas marítimas,  
tanto de marineros como de anclas, de cabos,  
tanto de cosas de la distancia como el ruido  
    de los vientos,  
tanto de la Lejanía como del Muelle,  
    de los naufragios,  
de los tranquilos comercios,  
de los mástiles, del oleaje,  
llevar a la muerte con dolor, voluptuosamente,  
una copa de sanguijuelas llena para beber,  
para beber extrañas verdes absurdas  
    sanguijuelas marinas.

Hagan jarcias de mis venas,  
amarras de mis músculos.  
Arránquenme la piel y péguenla en las quillas,  
que sienta el dolor de los clavos y que nunca  
    cese de sentirlos.  
Hagan con mi corazón una flámula de almirante  
de aquellos tiempos de guerra de las viejas naves  
y coloquen al pie de los combés mis ojos  
    arrancados.

Quiebren mis huesos golpeándolos contra  
    las amuradas,  
fustíguenme atado a los mástiles, fustíguenme,  
y a todos los vientos de todas las latitudes  
    y longitudes  
lancen mi sangre en las aguas que atraviesan  
    la nave  
de lado a lado, arrojadas a la cubierta  
en las violentas convulsiones de las tormentas.

Tener la audacia de las velas henchidas  
    con el viento  
y ser el agobio de los vientos como las altas gavias,  
la vieja guitarra del Fado de los mares llenos  
    de peligros,  
canción que los navegantes oyeron y  
    no pudieron repetir.

Los marineros que se sublevaron  
ahorcando al capitán en una verga.  
Que desembarcaron a otro en una isla desierta.  
*Marooned.*

El sol de los trópicos provocó la fiebre  
    de la piratería antigua  
en mis venas intensas.  
Los vientos de la Patagonia tatuaron mi imaginación  
con imágenes trágicas y obscenas.  
Fuego, fuego, fuego dentro de mí.  
Sangre, sangre, sangre, sangre,  
me estalla el cerebro.  
El mundo se rae en mí, enrojecido.  
Me estallan las venas con un sonido de amarras  
y feroz, voraz, revienta en mí



Eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh

De repente estalla en mis oídos  
como un clarín junto a mí  
el viejo grito, mas ahora metálico, airado,  
llamando por la presa que ya se distingue,  
la goleta que va a ser asaltada:

Ahó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó —yyyy ...  
Schooner ahó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó —yyyy ...

Ya en mí no existe el mundo entero.

Me enardezco,  
bramo en la furia del abordaje,  
pirata-menor, César-Pirata;  
robo, mato, despedazo, acuchillo,  
sólo siento el mar, la presa, el saqueo.  
Sólo siento que golpeo y que me golpean  
la venas de mis fuentes.  
Derrama sangre caliente la sensación de mis ojos.  
Eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh  
Ah piratas, piratas, piratas,  
ámenme y ódienme, piratas,  
mézclenme con ustedes, piratas.  
Su furia, su crueldad, hablan a mi sangre  
de un cuerpo de mujer que fue mío  
en otro tiempo y cuyo celo sobrevive.

Quisiera ser una bestia que abarca todos  
sus movimientos,  
una bestia que hundiese los dientes  
en las amuradas, en las quillas,  
que comiese mástiles, bebiese sangre y alquitrán  
en los combés,  
destrozase remos, cordajes, poleame y velas,

serpiente de los mares, femenina y monstruosa,  
cebándose en los crímenes.

Y hay una sinfonía de sensaciones incompatibles  
y afines,  
una orquestación en mi sangre de confusión  
de crímenes,  
de estrépitos espasmódicos en orgías de sangre  
en los mares,  
con furia, como un vendaval ardiendo en  
el espíritu,  
una polvareda caliente que nubla mi lucidez  
haciéndome ver esto y soñarlo sólo con la piel  
y las venas.

Los piratas, la piratería, las naves, el instante,  
aquel instante marítimo en que la presa es asaltada  
y el terror de las víctimas huye hasta la locura  
—ese instante  
en su total de crímenes, terror, naves, gente, mar,  
nubes, cielo,  
brisa, latitud, longitud, gritos,  
quisiera que en su Todo fuese mi cuerpo  
en su Todo, sufriendo,  
que fuese mi cuerpo y mi sangre, mi ser enardecido,  
y floreciera como una herida que se expande  
en la carne irreal de mi alma.

Ah, ser todo en los crímenes, ser yo todos  
los elementos que forman  
los asaltos a los barcos y las matanzas  
y las violaciones.

Ser cuanto sucedió en los saqueos,  
cuanto vivió o quedó inerte en el lugar  
de las tragedias sangrientas.

Ser el pirata resumen de toda la piratería en  
su apogeo,  
y la víctima síntesis, de carne y hueso, de todos  
los piratas del mundo.

Ah, que mi cuerpo pasivo fuese la mujer todas-  
las mujeres  
que fueron violadas, heridas, muertas, destrozadas  
por los piratas.

Ser en mi subyugado ser la hembra que  
teme pertenecerles  
y sentir todo esto, sentir todas estas cosas recorrer  
al mismo tiempo mis vértebras.

Oh, mis velludos y ásperos héroes de la aventura  
y el crimen.

Mis bestias marítimas, esposos de mi imaginación.  
Amantes casuales del desvío de mis sensaciones.  
Quisiera ser Aquella que los espera en los puertos,  
amantes odiados en el sueño de su sangre  
de pirata.

Porque ella estaría con ustedes, única en el espíritu,  
furiosa sobre los cadáveres desnudos de sus víctimas  
en los mares.

Ella los habría acompañado en sus crímenes  
y en la orgía oceánica,  
su espíritu de bruja danzaría invisible entre  
los movimientos  
de sus cuerpos, de sus cuchillos, de sus manos  
estranguladoras.

Y ella, esperándolos en tierra cuando llegaban,  
si acaso llegaban,  
bebería en los rugidos de ese amor todo el vasto,  
todo el denso y siniestro perfume de sus victorias,

y a través de sus espasmos entonaría un Sabbat  
          enrojecido y amarillo.  
La carne herida, abierta y destripada, con la sangre  
          derramándose.  
Ahora, en el auge preciso de soñar lo que  
          ustedes hacían,  
acercándome todo a mí, ya no les pertenezco,  
          soy ustedes,  
ya mi femineidad que los acompaña es ser  
          sus almas.  
Estar dentro de toda su ferocidad, cuando  
          la liberaban,  
beber dentro de la conciencia sus sensaciones  
cuando teñían de sangre altamar  
y cuando arrojaban a los tiburones  
los cuerpos aún vivos de los heridos,  
          la carne sonrosada de los niños  
y llevan a las madres a mirar por la borda  
          lo que les ocurría.  
Estar con ustedes en la carnicería, en el pillaje,  
orquestrado en la sinfonía de los saqueos.  
Ah, no sé, no sé cuánto quisiera ser para ustedes.  
No sólo ser una hembra, ser las hembras,  
          las víctimas,  
las víctimas —hombres, mujeres, niños, naves—,  
no sólo ser la hora y los barcos y el oleaje,  
no sólo ser sus almas, sus cuerpos, su furia,  
          su posesión,  
ni concretamente ser su hecho abstracto de orgía,  
no es sólo esto que yo quisiera ser —es más  
          que esto: Dios-Esto.  
Porque es preciso ser Dios, el Dios de un culto  
          contrario,  
un Dios monstruoso y satánico, Dios de  
          un panteísmo de sangre

que pueda colmar en toda su medida  
mi furor imaginativo  
y que nunca logre agotar mi ansia de identificarme  
con cada uno y con todo y con el Más-Todo  
de sus victorias.

Ah, tortúrenme para satisfacerme.  
Hagan de mi carne el aire que sus cuchillos  
atraviesan  
antes de caer sobre las cabezas y las espaldas.  
Que sean mis venas los vestidos que  
las dagas traspasan,  
mi imaginación el cuerpo de las mujeres que violan,  
mi inteligencia el combés donde luchan de pie,  
matando,  
y toda mi vida —en su conjunto nervioso,  
histérico, absurdo—  
el gran organismo cuyas células conscientes  
fueran cada acto de piratería cometido  
—y todo yo un torbellino como una inmensa  
pudrición del oleaje, ah y ser todo esto.

Con pavorosa velocidad, desmedido,  
el mecanismo febril de mis visiones  
que se transbordan  
gira ahora que es apenas mi conciencia, mi  
volante,  
un nebuloso círculo agobiado en el aire.

*Fifteen men on the Dead Man's chest.  
Yo-ho ho and a bottle of rum!*

Eh- laho-LaHO —lahá-á-áá —ááá...

Ah, lo salvaje de este salvajismo. Mierda  
toda la vida que no es esto, como la nuestra.  
Yo, ingeniero, práctico por fuerza, sensible a todo,  
aquí, en relación a ustedes cuando estoy detenido  
y cuando camino,  
también cuando yazgo o cuando, débil, me impongo;  
estático, quebrando, disidente cobarde de su gloria,  
de su gran poder estridente, encendido y sangriento.

Arre, por no actuar de acuerdo con mi delirio.  
Arre, por andar siempre aferrado a la enaguas  
de la civilización.

Por andar con la *douceur des moeurs* a cuestras,  
como un fardo de olanes.  
Niños de aceras —todos somos— del humanitarismo  
moderno.  
Estupores de tísicos, de neurasténicos,  
de linfáticos,  
sin coraje para ser violentos y audaces,  
con el alma como gallina amarrada por una pierna.

Ah, los piratas, los piratas.  
El ansia de lo que es ilegal y feroz,  
el ansia de las cosas crueles y abominables  
que como brama abstracta roe nuestros  
débiles cuerpos,  
nuestros nervios femeninos y delicados,  
y nos enloquece con incontenibles fiebres  
la mirada vacía.

Oblíguenme a arrodillarme ante ustedes.  
Humíllenme y golpéenme.  
Hagan de mí su esclavo, algo suyo,

y que su desprecio jamás me abandone,  
oh, mis señores, mis señores.

Siempre tomar gloriosamente la parte sumisa  
en los hechos sangrientos y en las sensualidades  
desatadas.

Derriben sobre mí, como grandes, pesados muros,  
las barbaries del antiguo mar.

Del este al oeste de mi cuerpo  
esparzan la sangre de mi sangre,  
besen con cuchillos y látigos y furia  
mi alegre terror carnal de pertenecerles,  
mi ansia masoquista de ofrecerme a su furor,  
de ser el objeto inerte que sienta  
su omnívora crueldad,

señores, dominadores, emperadores, corsarios.

Ah, tortúrenme,  
acuchíllenme y ábranme,  
deshecho en pedazos conscientes  
frótenme en los combés,  
espárzanme en los mares, déjenme  
en las ávidas playas de las islas.

En mí ceben todo mi misticismo suyo,  
cincelen la sangre de mi alma  
y abran, hieran.

Oh, tatuadores de mi corporal imaginación,  
amados desolladores de mi sumisión carnal.

Sométname como se mata perro a patadas,  
hagan de mí el pozo para su desprecio  
de dominadores.

Háganme todas sus víctimas.  
Como Cristo sufrió por todos los hombres,  
quiero sufrir  
por todas las víctimas que cayeron bajo sus manos,  
sus manos callosas, sangrientas, con dedos  
cercenados  
en salvajes asaltos de amuradas.  
Háganme cualquier cosa, como si fuese arrastrado  
—oh placer, oh beso de dolor—  
arrastrado por caballos que ustedes fustigan ...  
Pero esto en el mar, todo esto en el ma-a-a-ar,  
esto en el MA-A-A-AR  
Eh-eh-eh-eh-eh Eh-eh-eh-eh-eh-eh Eh-EH-  
EH-EH-EH-EH EH en el MA A-A-A-AR

Yeh eh-eh-eh-eh-eh Yeh-eh-eh-eh-eh-eh  
Yeh- eh-eh-eh-eh-eh eh-eh  
Todo grita. Gritan vientos, oleaje, barcos,  
mares, gavias, piratas, mi alma , la sangre  
y el aire, y el aire.  
Eh- eh-eh-eh. Yeh- eh-eh-eh-eh-eh. Yeh-eh-  
eh-eh-eh-eh Todo canta gritando

FIFTEEN MEN ON THE DEAD MAN'S CHEST.  
YO-HO-HO AND A BOTTLE OF RUM !

Eh-eh-eh-eh-eh-eh Eh-eh-eh-eh-eh-eh-  
eh Eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh  
Eh-laho-laHO-O-oo-lahá-á —-ááá

AHO-O-O-O-O-O-O-O-O-O-O —-YYYY...  
SCHOONER AHO-O-O-O-O-O-O-O-O-O-O- - -YYYY...

Darby M'Graw-aw-aw-aw-aw-aw  
DARBY M'GRAW -AW-AW-AW-AW-AW-AW





por todas aquellas víctimas —especialmente  
los niños—  
que imaginé hacer al soñarme un antiguo pirata.  
Una emoción conmovida porque fueron  
mis víctimas;  
pero tierna y suave, porque no lo fueron realmente.  
Una ternura confusa, como un vidrio empañado,  
azulado,  
canta viejas canciones en mi pobre alma dolorida.

Ah, ¿cómo pude pensar, soñar aquellas cosas?  
Que diferente soy de lo que fui hace  
unos momentos.

Histeria de sensaciones —primero éstas,  
después sus contrarias.

En la mañana rubia que se levanta como mi olvido  
sólo escoge las cosas de acuerdo con esta emoción  
—el murmullo de las aguas,  
el leve murmullo de las aguas del río al encontrarse  
con el muelle ...

La vela pasando al otro lado del río,  
los montes lejanos, de un azul japonés,  
las casas de Almada,  
y lo que hay de suavidad y de infancia en  
la hora matutina ...

Una gaviota pasa  
y mi ternura es mayor.

Pero en nada he reparado durante este tiempo.  
Todo fue una impresión de la piel, como una caricia.  
Todo este tiempo no quité la vista de mi sueño  
lejano,  
de mi casa al pie del río,

de la ventana de mi cuarto que en la noche deba al río  
y la paz del lugar esparcida en las aguas ...  
Mi vieja tía que me amaba a causa de un hijo  
que perdió.

Mi vieja tía acostumbraba cantarme para que  
yo durmiera  
(si bien ya era yo un poco grande para eso) ...  
Recuerdo y las lágrimas caen sobre mi corazón  
y lo lavan de la vida,  
y se levanta una leve brisa marina dentro de mí.  
A veces ella cantaba la "Nao Catrineta":

*Allá va la Nao Catrina  
sobre las aguas del mar ...*

Y otras veces, una melodía muy melancólica y  
tan medieval,  
la "Bella Infanta" ... Recuerdo, y la pobre vieja voz  
se levanta dentro de mí.  
Recuerdo que muy poco la recordé después, y ella  
que me amaba tanto.  
Qué ingrato fui con ella —y finalmente, ¿qué hice  
yo con la vida?  
Era la "Bella Infanta" ... Yo cerraba los ojos y ella  
cantaba:

*Estando la Bella Infanta  
en su jardín sentada*

Yo abría un poco los ojos y veía la ventana  
llena de luna  
y después cerraba los ojos otra vez, y con esto  
era feliz.

*Estando la Bella Infanta  
es su jardín sentada  
su peine de oro en la mano  
sus cabellos peinaba*

Oh, mi pasado de infancia, muñeco que  
me rompieron.

No poder viajar al pasado, a aquella casa y a  
aquel cariño,  
y siempre quedar allí, siempre contento y  
siempre niño.

Pero esto fue el pasado —linterna en una esquina  
de calle vieja

Pensar en esto me da frío, hambre de algo que  
no puede obtenerse.

Me da remordimiento pensar en esto.

Oh, torbellino lento de sensaciones opuestas,  
vértigo suave en el alma por causas confusas.

Furias rotas, ternuras como cordeles con que  
los niños brincan,  
gran abatimiento de la imaginación en los ojos  
de los sentidos,  
lágrimas, lágrimas inútiles,  
suaves brisas de contradicción recorriendo la faz  
del alma...

Evoco, para salir de esta emoción, por un esfuerzo  
voluntario,  
con un esfuerzo desesperado, marchito, inútil,  
la canción del Gran Pirata cuando estaba muriendo:

*Fifteen men on the Dead Man's chest.  
Yo-ho-ho and a bottle of rum!*

Mas la canción es una línea recta mal trazada  
en mi Interior ...

Me esfuerzo y otra vez logro traer ante mis ojos  
del alma,  
otra vez, pero con una imaginación casi literaria,  
la furia de la matanza, de la piratería, el apetito  
del saqueo que se paladea,  
de la carnicería inútil de mujeres y de niños,  
de la frívola tortura de los pasajeros pobres hecha  
por distracción  
y de la sensualidad de romper y destruir las cosas  
más amadas de los otros,  
pero sueño todo esto con mi miedo, como si  
alguien respirarse de pronto sobre mi nuca.

Recuerdo que sería interesante  
ahorcar a los hijos frente a las madres  
(sin querer me siento las madres de ellos),  
enterrar vivos en las islas desiertas a los niños  
de cuatro años  
y llevar a los padres en lanchas hasta allá, para verlos  
(me estremezco, y recuerdo un hijo que no tengo  
y que está durmiendo tranquilo en casa).

Aguijón de un ansia fría de crímenes marinos,  
de una inquisición sin la disculpa de la Fe,  
crímenes ni siquiera como razón de ser de la maldad  
o la furia.

hechos fríamente, ni siquiera por herir o por el mal,  
ni siquiera para divertirnos:  
apenas para pasar el tiempo

igual que uno pasa el rato en un comedor  
de provincia  
con la servilleta tirada al otro lado de la mesa  
después de comer,  
sólo por el suave gusto de cometer crímenes  
abominables y no considerarlos gran cosa,  
de ver sufrir hasta la locura y la muerte-por-el-  
dolor pero nunca llegar más allá ...  
porque mi imaginación rehúsa acompañarme.  
Un escalofrío me contrae.  
Y de pronto, pero más repentinamente  
que la otra vez, de más lejos, de más hondo,  
de pronto —oh pavor por todas mis venas—  
el frío súbito de la puerta del Misterio que dentro  
de mí se abrió y dejó pasar una corriente de aire.  
Recuerdo a Dios, lo trascendental de la vida,  
y de pronto la vieja voz del marino Jim Barns,  
con quien hablaba,  
convertida en la voz de ternura misteriosa  
de mi anterior,  
de esas pequeñas cosas de regazo de madre y cinta  
de cabello de hermana,  
pero asombrosamente venida del más allá  
de la apariencia de las cosas,  
la voz sorda y remota convertida en la Voz Total,  
la voz sin Boca,  
venida por fuera y por dentro de la soledad nocturna  
de los mares,  
llama por mí, llama por mí ...

Viene sordamente, como si estuviese sofocada  
y aún se oyese,  
lejanamente, como si estuviese en otro lugar  
y no la pudiéramos oír,



todos los procesos comerciales de exportación  
e importación  
combinándose perfectamente,  
corriendo todo como por leyes naturales,  
ninguna cosa chocando con otra.

Nada perdió la poesía. Y están además  
las máquinas ahora  
con su poesía, y también esa nueva vida  
sentimental, comercial, intelectual, mundana,  
que infundieron las máquinas en las almas.  
Como antes, los viajes son bellos,  
y un barco siempre será bello sólo por ser un barco.  
Viajar todavía es viajar y lo lejos está donde  
siempre estuvo  
en ninguna parte, gracias a Dios.

Los puertos están llenos con vapores  
de muchas especies.  
Pequeños, grandes, con diferentes disposiciones  
de vigías,  
de tan deliciosamente tantas compañías  
de navegación.  
Vapores diferentes en la destacada separación  
de los anclamientos.  
Tan agradable su garbo estático de cosas comerciales  
que se desplazan en el mar,  
en el viejo mar siempre homérico, oh Ulises.

La mirada humana de los faros en la distancia  
de la noche,  
y el faro repentinamente cercano en la noche  
muy oscura

(“Qué cerca e la tierra estábamos pasando”.

Y el sonido del  
agua hablándonos al oído) ...

Todo es hoy como siempre, y ahora además  
hay comercio.

Y el destino comercial de los grandes vapores  
me envanece de mi época.

La gente a bordo de los barcos de pasajeros  
me produce el orgullo de vivir en un tiempo  
donde es fácil el mestizaje de las razas  
y se transponen espacios para ver todas las cosas,  
viviendo con la realidad de los sueños.

Limpios, reglados, modernos como un  
escritorio con *clips* en redes de hilo amarillo,  
mis sentimientos, comedidos ahora y naturales,  
como de *gentlemen*,

son prácticos, ajenos a desvaríos.

Lleno de aire marino los pulmones,  
como gente perfectamente consciente de cómo  
es saludable respirar la brisa del mar.

El día ha avanzado ya hasta horas de trabajo.

Comienza todo a moverse, a regularizarse.

Con gran placer natural, directo, repaso  
con el alma

todas las operaciones comerciales que necesitan  
un embarque de mercancías.

Mi época es el sello que llevan todas las facturas,  
y siento que todas las cartas de todos

los escritorios  
debían estar dirigidas a mí.

Un grado de abordó posee tanta singularidad  
y es hermosa como una asignatura  
de comandante de la nave.

Rigor comercial de principio a fin en las cartas:  
*Dear Sirs* —*Messieurs* —*Amigos y Señores*;  
*Yours faithfully*— ...*nos salutation empressées* ...

Esto es humano y limpio, y por eso es bello,  
y su fin es un destino marítimo, un vapor  
donde embarcan

las mercancías de que trataron las cartas y facturas

Ah, complejidad de la vida. Las facturas  
son escritas por gente  
que vive amores, odios, pasiones políticas,  
a veces crímenes

—pero son tan cuidadas, tan bien escritas,  
tan ajenas a esto.

Hay quien mira una factura y no siente esto.  
Con seguridad que tú, Cesario Verde, lo sentías.

Yo, hasta las lágrimas lo siento humano.

Vengan a decirme que no hay poesía  
en el comercio, en los escritorios.

Ahora entra por toda la piel. La respiro  
con este aire marino.

Pero esto viene con motivo de los vapores,  
de la navegación moderna.

Pues las facturas y las cartas comerciales son  
el principio de la historia,  
y las naves que llevan las mercancías por  
el mar eterno son el fin.

Ah, y los viajes, los viajes de recreo o  
cualquier otros,  
los viajes por mar donde somos compañeros

de una manera especial, como si un misterio  
marino  
uniese las almas y nos convirtiera por un momento  
en patriotas efímeros de una inconstante patria  
que eternamente se desplaza en la inmensidad  
de las aguas.

Grandes hoteles del Infinito, oh trasatlánticos míos.  
Con el cosmopolitismo total, perfecto, de nunca  
detenerse en un punto  
pero conteniendo todas las formas de vestidos,  
de caras, de razas.

Los viajes, los viajeros —cuánta variedad de ellos,  
cuántas nacionalidades sobre el mundo,  
y profesiones, gentes.

Diversos destinos que se dan en la vida,  
la vida que en el fondo es siempre la misma.  
Cuántas caras raras. Todas las caras son raras  
y nada posee tanta religiosidad como mirar  
mucho a la gente.

La fraternidad no es una idea revolucionaria,  
es algo que la gente aprende en su vida diaria,  
donde tiene que tolerar todo,  
y en ocasiones encuentra agrado en lo que tiene  
que tolerar,  
y un día acaba por llorar de ternura sobre  
lo que toleró.

Esto es bello, es humano,  
abrazo nuestros sentimientos humanos,  
tan convenientes y burgueses,  
tan complicadamente sencillos,  
tan metafísicamente tristes.

La vida inestable, diversa, acaba por educarnos  
en lo humano.

Pobre gente, pobre gente toda la gente.

Me separo de esta hora en el cuerpo de esa nave  
que ahora va saliendo. Es un *tramp-steamer* inglés,  
muy sucio, como si fuese una nave francesa,  
con un aire simpático de proletario de los mares,  
y sin duda anunciado ayer en la última página  
de los periódicos.

Me enterece el pobre vapor, va tan humilde  
y tan natural.

Parece tener un cierto escrúpulo no sé en qué,  
ser persona honrada,  
muy cumplida en el alguna de tantas especies  
de deberes.

Allá va dejando el lugar frente al muelle,  
donde yo estoy.

Allá va tranquilamente, pasando donde  
las naves estuvieron

en otro tiempo, en otro tiempo ...

¿Hacia Cardiff? ¿Hacia Liverpool? ¿Hacia Londres?  
No importa.

Él hace su deber. Así nosotros hacemos el nuestro.  
Hermosa vida.

Buen viaje. Buen viaje.

Buen viaje, mi pobre amigo casual, que me hiciste  
el favor

de llevar contigo la fiebre y la tristeza de mis sueños,  
de restituirme a la vida para verte pasar.

Buen viaje. Buen viaje. Ésto es la vida ...

Cuán natural es tu aplomo, inevitablemente  
matutino,  
al salir hoy del puerto de Lisboa.  
Siento un curioso cariño, grato, por eso.  
¿Por cuál eso? Allá sé lo que es ...Va ...Pasa ...  
con un ligero estremecimiento  
(T-t—t—t——t——t ...).  
Dentro de mí se detiene el volante.

Pasa, lento vapor, pasa y no permanezcas ...  
Pasa de mí, pasa de mi vista,  
vete de dentro de mi corazón,  
piérdete en la Lejanía, en la Lejanía (bruma  
de Dios),  
piérdete, sigue tu camino y déjame ...  
¿Quién soy para que lllore o interrogue?  
¿Quién soy para que te hable y te ame?  
¿Quién soy para que me duela mirarte?  
Se aleja del muelle, crece el sol, levanta su oro,  
brillan los tejados de los edificios del muelle,  
todo este lado de la ciudad brilla ...

Parte, déjame,  
sé ahora la nave en medio del río, destacada  
y nítida,  
después la nave saliendo del puerto, pequeña  
y cercana,  
después el vago punto en el horizonte  
—oh angustia mía—,  
un punto cada vez más vago en el horizonte ....  
después nada, y sólo yo mi tristeza,  
y la gran ciudad ahora llena de sol  
y la hora real y desnuda como un muelle  
ya sin naves,

y el giro lento del guindaste que, como un compás  
que gira,  
traza un semicírculo de no sé qué emoción  
en el silencio conmovido de mi alma ...